

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN LOS PAÍSES COLONIALES Y DEPENDIENTES

SOBRE LAS PECULIARIDADES

Con frecuencia la especificación de las formas que reviste el desarrollo del capitalismo ha servido para ocultar las características esenciales o universales del sistema. Es cierto, como dice Baran, que al “intentar comprender las leyes del movimiento, tanto de las partes adelantadas como atrasadas del mundo capitalista es posible, y sin duda necesario, hacer abstracción de las peculiaridades de los casos individuales y concentrarse en sus características comunes esenciales”¹¹⁷, o como escribía mucho antes Lenin, “que las *formas* de la lucha pueden cambiar y cambian constantemente por razones diversas, relativamente temporales y particulares, mientras que la *esencia* de la lucha, su contenido de clase, no podrán realmente cambiar mientras las clases existan”¹¹⁸. Pero es igualmente cierto que las generalizaciones no pueden dejar de tomar en cuenta una serie de factores concretos que políticamente son necesarios para una *acción* eficaz.

La teoría económica ha abusado también de las generalizaciones sobre un universo indiferenciado. “La teoría corriente y ortodoxa del desarrollo económico –escribe Prado Junior–, en la cual se propone la

117 Paul Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review Press, 1957, p. 134.

118 Lenin, en E. Varga y L. Mendelsohn, *Données complémentaires à “L’Impérialisme” de Lénine*, París, Éditions Sociales, 1950, p. 198.

noción de ‘subdesarrollo’ postula sin mayor indagación crítica la idea de una progresión, dentro del sistema capitalista, unilineal y homogénea, esto es, esencialmente idéntica, cualesquiera que sean el país o la situación considerados. Según esta teoría –añade Prado Junior– los países actuales se diferenciarían por distintos niveles de desarrollo que se escalonan en una trayectoria económica que todos siguen o deben seguir, aunque con ritmo diferente para cada uno, que puede ser eventualmente nulo o hasta negativo; pero que cualitativamente siempre es el mismo, de naturaleza y carácter igual, consistiendo en aquello que se entiende más o menos ambiguamente por ‘progreso económico’... En suma, la teoría corriente del desarrollo considera sólo el aspecto cuantitativo del desarrollo (la ‘cantidad’ de progreso económico) sin dar mayor atención a las diferencias cualitativas del desarrollo, a saber, al tipo o categoría de la situación o de la evolución económica en que está cada país o grupo de países”¹¹⁹. Él y otros autores, hacen hincapié en las diferencias de tiempo, cultura, organización política, etc., y señalan las falsas analogías entre el proceso de industrialización y desarrollo de la Europa del siglo XIX y de los países pobres de Asia, África y América Latina.

En realidad, en los estudios sobre desarrollo se oscila entre generalizaciones demasiado vagas o analogías típicamente automáticas, y un afán de buscar hechos demasiado aislados, particulares, característicos. Ninguno de los dos enfoques, como es obvio, permite un análisis científico del problema y en ninguno de los dos se puede aprovechar la experiencia universal para la acción en el terreno. Cuando se aplican automáticamente los modelos que surgieron en otros países y circunstancias, esos modelos no sirven ni para comprender ni para modificar la situación, y cuando se niega uno a estudiar las experiencias de otros pueblos y a aprovecharlas para conocer el propio y modificar su situación, con facilidad se intentan soluciones que en circunstancias similares han probado ser ineficaces, y el número de errores es mayor. En estas condiciones es necesario buscar una zona intermedia, *significativa y contextual* en que se puedan generalizar las experiencias de los pueblos que han actuado en circunstancias similares.

Ahora bien, por lo que respecta al “desarrollo” de que se habla en nuestro tiempo, los pueblos que han actuado y viven condiciones similares son los pueblos pobres, coloniales y dependientes. Estos pueblos, que tienen incluso un mayor número de habitantes y quizá de experiencias que los ricos e imperialistas, constituyen una categoría suficientemente sólida para hacer generalizaciones que sirvan de punto de partida para la comprensión y la acción política en cada uno de ellos. De las experiencias y

119 Caio Prado Junior, *Esboço dos Fundamentos da Teoria Economica*, Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1957, p. 189.

evolución de estos pueblos se pueden derivar proposiciones sobre el comportamiento de la economía y la sociedad, y sobre las medidas políticas idóneas, con más probabilidades de confirmarlas que cuando se parte sólo de las experiencias de los países ricos e imperialistas, o de una evolución abstracta e indiferenciada que nunca existió en la realidad histórica.

Con las conclusiones que se obtengan de la evolución y experiencias de los países pobres, coloniales y semicoloniales, se podrá reanudar la investigación en un país pobre en un momento dado, para ir más al fondo de los problemas, o actuar en una situación concreta, y observar si los hechos comprueban que en ese país los fenómenos se comportan del mismo modo. La probabilidad de error será más pequeña que cuando se parta de proposiciones sobre el desarrollo de los países imperialistas y ricos, o de los países en general. Es ése, sin duda, el camino que permite aprovechar mejor la experiencia universal, y por el cual se pueden descubrir ciertas leyes que operan en todos los países capitalistas, inclusive en los desarrollados.

Para encontrar una zona intermedia de generalizaciones y analogías, que permitan explicar el comportamiento del desarrollo del capitalismo en distintos países, se necesita reparar así en varios hechos esenciales entre los cuales se encuentran los siguientes:

1. El hecho de que la estructura social básica de los países pobres es la estructura colonial o dependiente. Este hecho afecta el desarrollo del capitalismo en todas las regiones donde se da, y por lo tanto afecta la estructura de las clases sociales y el papel que éstas juegan en la sociedad y la política. No es lo mismo que el capitalismo surja en un país dominante o en un país dependiente, que surja en un país que explota a otro país o en un país que es explotado por otro país. Las clases sociales no pueden jugar el mismo papel en un país en que los propietarios de los medios de producción no son dominados por nadie, y en un país en que hacen el papel de socios menores, de auxiliares, y hasta de desposeídos, como ocurre en los países coloniales y dependientes, con propietarios a los que les quitan sus tierras, con industriales nativos que son constantemente arruinados por las empresas y estados extranjeros, con patronos y administradores que trabajan para una metrópoli más o menos lejana. En estos países se tienen que dar y se dan condiciones relativamente distintas a las que caracterizan el desarrollo económico y político de los países dominantes.
2. El hecho es que el desarrollo en el mundo y en los países coloniales y semicoloniales es desigual y que esta desigualdad se acrecienta en el siglo XIX y sobre todo en el XX, afectando zonas, regiones, grupos sociales y culturales, debido a la penetración de la cultura,

técnica y política de los países imperialistas en los países menos avanzados, coloniales y semicoloniales. Este desarrollo desigual provoca una interacción de los países más atrasados y adelantados, de las zonas más atrasadas y adelantadas dentro de un mismo país, y hace que convivan regímenes que en Europa y en los modelos de la ciencia europea se suceden –con relativa “pureza”– unos a otros. En los países pobres de nuestro tiempo coexisten así la comunidad primitiva, el esclavismo, el feudalismo con las sociedades en que domina el capitalismo, y éste sufre deformaciones respecto del “modelo” de la ciencia europea. La dinámica social de los países dependientes obedece a factores externos que no se pueden ignorar; que alteran la formación de grupos en el interior del país, que hacen de lo importado (de lo técnico importado, de la empresa importada) un elemento fundamental para la comprensión de la vida social y para la acción política.

En resumen, para buscar generalizaciones es necesario distinguir y delimitar el universo del desarrollo, en función de las relaciones de producción de país a país (según se trate de países imperialistas o independientes, o de países coloniales y dependientes) y en función del desarrollo desigual de las fuerzas de producción, esto es, según se trate de países que han desarrollado sus fuerzas de producción, incluida su técnica, con antelación a los demás, o por penetración y con posterioridad a los demás. Pero como en este desarrollo desigual influye fundamentalmente la situación dependiente o independiente de los países, para buscar generalizaciones es necesario reparar, en primer término, en la situación imperialista, colonial y semicolonial del desarrollo.

Estudiar así el desarrollo del capitalismo en los países coloniales y semicoloniales es centrar el tema en un universo diferenciado en sus características esenciales, en un universo que presenta un comportamiento interno más heterogéneo, en que se toman como base de la diferenciación la estructura colonial y el desarrollo desigual para investigar el comportamiento del sistema capitalista y de la sociedad capitalista.

A partir del supuesto anterior se pueden hacer nuevas divisiones según la etapa de desarrollo del capitalismo, o según las coyunturas, los momentos de apogeo y de crisis, o según la relación de fuerzas en el país y en el mundo. Así, “a cada gran etapa del desarrollo de la sociedad capitalista corresponde una etapa particular en el desarrollo de las empresas coloniales” y en la penetración del capitalismo en la colonia¹²⁰. En el período de la acumulación se busca el oro y otros metales preciosos. En el período del capitalismo de concurrencia se

120 Jacques Arnault, *Procès du Colonialisme*, París, Éditions Sociales, 1958, p. 34.

buscan mercados y se inicia la ocupación del interior de los países. En el período de los monopolios se busca la salida de capitales disponibles y se reparte todo el mundo. Sobre esta base se establecen distintos tipos de sistemas socioeconómicos, imperialistas y coloniales. El imperialismo tributario, el imperialismo metalista y mercantilista, el imperialismo industrial, el imperialismo financiero, el imperialismo de sucursales que se apoderan del mercado interno y asumen *in situ* la sustitución de importaciones y la industrialización dependiente. Estos hechos son básicos para conocer la estructura y la *dinámica de los países coloniales*; a un nivel más concreto, son determinantes fundamentales en la variación de las estructuras de las colonias y semicolonias, y en el desenlace dinámico de esas estructuras.

En un mismo momento hay países que se encuentran en distinta situación colonial –según el tipo de desarrollo de la empresa capitalista en las metrópolis o las colonias– y una misma colonia sufre las consecuencias sociales y políticas del desarrollo del capitalismo y de sus distintas etapas. Tomar en cuenta los factores señalados para no pensar que es igual el desarrollo del capitalismo en Haití y la India, no se diga ya en Inglaterra o Ghana, es absolutamente necesario.

Una comprensión más concreta del problema exige estudiar cada país, si se va a actuar políticamente en ese país, y ver su grado de colonización, el tipo de semicolonialismo a que está sometido y las formas que en él reviste el desarrollo del sistema capitalista.

En un estudio más y más concreto del comportamiento de las situaciones políticas y sociales es necesario reparar en los distintos tipos de soluciones y acciones políticas según la coyuntura, según las características que presenten las crisis económicas y sociales, o el auge económico-social, y según la relación de fuerzas en el interior del país –la conciencia de las clases, su combatibilidad, su organización– y en el exterior; la fuerza económica de los bloques en pugna, su fuerza militar, su agresividad. Al llegar a estos cálculos sobre el desarrollo de un sistema económico y social, tan útiles para la acción política, se hace más necesaria la percepción de los datos específicos y particulares, y a los estudios técnicos, a la ponderación y medición de los factores en pugna, hay que añadir el análisis preciso de la acción política.

Por todo lo anterior, se puede decir, en resumen, que para el estudio del desarrollo es necesario delimitar el universo del capitalismo en la región de los países pobres, coloniales y semicoloniales, considerando el estado desigual de las fuerzas de producción. De su estudio pueden derivar generalizaciones que abarquen el desarrollo de todo el capitalismo y de toda sociedad capitalista –como la plusvalía– y otras más y más concretas, según las etapas del desarrollo de la empresa capitalista en la metrópoli y la colonia, según el grado de colonialismo que ejerzan, y según el grado en que monopolicen al país. Este tipo

de observaciones se pueden llevar a un terreno más concreto aún, en que se tome en cuenta la coyuntura histórica por la que atraviesa el país y el mundo, y la relación de fuerzas internas e internacionales. En todo caso el desarrollo del capitalismo en los países pobres de nuestros días, en los países coloniales y semicoloniales tiene un comportamiento en gran medida distinto al europeo y es necesario recordar que no se deben hacer extrapolaciones de aquél a éste: del esclavismo europeo al esclavismo colonial, del feudalismo europeo al colonial, del capitalismo clásico al colonial. A ello se opone en primer término el tipo de explotación que surge en los países coloniales y dependientes: la esencia de la explotación colonial, que influye en la configuración de toda la sociedad.

LA EXPLOTACIÓN COLONIAL: ESCLAVISMO + FEUDALISMO + CAPITALISMO

En los países pobres y semicoloniales la propiedad de la tierra está altamente concentrada. Las relaciones entre los propietarios de la tierra y sus trabajadores revisten características muy variadas. Aunque en todos éstos domine el capitalismo, se dan relaciones parecidas a las feudales o esclavistas que coinciden frecuentemente con la existencia y el desarrollo de la empresa agrícola típicamente colonial –la plantación–, un tipo de gran propiedad agrícola destinada a la producción de mercancías para la exportación, en que las relaciones de producción comprenden una gama que abarca desde el esclavismo hasta el trabajo asalariado. En ninguno de estos países se da un feudalismo, un esclavismo, o una empresa capitalista que correspondan al modelo europeo.

“La tentativa de transposición de las instituciones feudales para las colonias comerciales de América –dice Celso Furtado– demostró ser impracticable, incluso en aquellos casos en que hubo la intención explícita de hacerlo y donde la tradición feudalista era más fuerte, como en Francia”¹²¹. Los grandes propietarios nativos, los latifundistas y señores de la tierra, aunque se parezcan al barón feudal de la Edad Media y exijan como aquél de sus siervos o aparceros una parte de su producto en especie, o una parte de su tiempo para que trabajen las tierras del amo, se distinguen, “no sólo porque carecen de la filosofía social del feudalismo, sino porque están vinculados a la economía monetaria y ejercen la usura y el comercio”¹²².

121 Celso Furtado, *Formação, economica do Brasil*, Río de Janeiro, Editora Fondo de Cultura, 1959, p. 66.

122 F. Dowd, “Two-Thirds of the World”, en Lyle W. Shannon, *Underdeveloped Areas. A book of readings and research*, Nueva York, Harper & Bros., 1957, p. 17.

Lo que dice Bonn  de los señores feudales y los latifundistas del Oriente, se puede aplicar a la mayor parte de estos grandes propietarios, que han prevalecido en América Latina o África, coexistiendo con el desarrollo del imperialismo: “Mientras el crecimiento del feudalismo en el Oeste –escribe Bonn – fue condicionado por la economía natural que entonces prevalecía en conjunción con los conceptos sociales del vasallaje y con el respeto inherente a la idea de la caballería, el feudalismo oriental representa como lo han demostrado Becker en particular, y antes de él Pruntz, un sistema de beneficiarios militares engendrados por la decadencia del sistema de impuestos, y por la necesidad de equipo militar de un Estado que descansa sobre una economía monetaria”¹²³.

Este tipo de explotación que existe en las zonas rurales de los países coloniales y semicoloniales dominados por la economía monetaria, en los sectores más dinámicos y en los tratos internacionales, en los que se da un Estado-militar coincidente con el imperialismo y la empresa capitalista, no es feudalismo ni puede serlo porque tiende a calcular en términos monetarios los resultados de su explotación, sin preocuparse siquiera ideológicamente por la suerte de los campesinos. El señor “feudal” de los países dependientes, el latifundista, es fundamentalmente un rentista y hasta un especulador, que con frecuencia practica el *ausentismo* y vive de lleno en la economía monetaria. De allí la degradación económica y social de los aparceros, peones, y demás trabajadores agrícolas de este tipo de “feudos”, en el mundo colonial y dependiente.

Por otra parte la plantación –empresa típicamente colonial– está mucho más lejos de ser una explotación feudal. Como ha escrito Furtado: “El feudalismo es un fenómeno de regresión que traduce el atrofiamiento de una estructura económica. Ese atrofiamiento resulta del aislamiento impuesto a la economía, aislamiento que engendra una gran disminución de la productividad por la imposibilidad en que se encuentra el sistema de sacar partido de la especialización y la división del trabajo... Ahora bien –añade–, la plantación puede ser presentada como un caso extremo de especialización económica. Al revés de la unidad feudal, vive totalmente dirigida al mercado exterior”¹²⁴. Es una empresa que busca aumentar la productividad, la especialización, las utilidades, lo cual tampoco quiere decir que sea una empresa capitalista t pica.

A lo largo de la historia, la plantación practica el esclavismo simulado o abierto –calculando en términos monetarios los costos de

123 Alfred Bonn , *State and Economics in the Middle East. A Society in Transition*, Londres, Routledge & Kegan, 1955, p. 124.

124 Celso Furtado, *op. cit.*, p. 66.

compra y manutención del “esclavo”, como un factor de la producción—pero teniendo en propiedad de hecho o derecho a sus “trabajadores”, y cuando no practica el esclavismo, sino establece el trabajo asalariado, tiende a monopolizar todas las operaciones monetarias de sus trabajadores, estableciendo tiendas de raya de la propia compañía, y poniendo taxativas al llamado “comercio libre”.

De hecho, tanto los latifundios como las plantaciones de los países coloniales y semicoloniales, operan en una economía mundial predominantemente monetaria y en una economía territorial en que los sectores dominantes de la economía son los sectores monetarios, pero mantienen hasta el máximo ciertas formas de explotación parecidas al feudalismo y al esclavismo (aparcería y peonaje), y las vinculan con las formas de explotación monetaria (como la usura, la tienda de raya, el salario, etc.), hasta constituir desde el punto de vista sociopolítico verdaderos “feudos” en que utilizan sin mediación sus propias fuerzas represivas, sus soldados, policías, jueces, autoridades municipales, etc.—a las órdenes del patrón o de la compañía. Estas fuerzas sirven para asegurar la *explotación exclusiva*, combinada de esclavismo, feudalismo, capitalismo, de la población trabajadora y de los recursos naturales que quedan bajo sus linderos.

Las empresas y las plantaciones coloniales y semicoloniales que usan *todas* las formas de explotación, tienen sin embargo una mira bien distinta del feudalismo, tienen un sentido monetario de la explotación, el cual se acentúa sobre todo en las plantaciones, donde la necesidad de acumulación y ampliación de capitales, de máximos rendimientos y utilidades, contrasta con los propósitos y patrones de vida del latifundista nativo, cuyo interés fundamental es la economía de prestigio, el gasto dispendioso, el ausentismo, el viaje al extranjero, los palacios, los banquetes, la servidumbre doméstica, tan característicos de los señores y latifundistas coloniales y semicoloniales, que sin embargo en las épocas más recientes se doblan de la personalidad de banqueros.

De ahí surge una *superexplotación combinada y mucho más racional que la del feudalismo clásico* que es la esencia del latifundio y la plantación coloniales, y que determina la supervivencia del trabajo forzado, incluso en la etapa del capitalismo monopolista más cabal. El esclavismo sólo es negado formalmente en estos territorios y países para reconocer los derechos del hombre y en ocasiones ni siquiera se pasa al salario como forma oculta de explotación: no se pasa al llamado “trabajo libre”. El salario opera como otra forma más de trabajo forzado, que esclaviza físicamente al trabajador asalariado y le impide—física y militarmente—abandonar el latifundio y la plantación, fenómenos que hoy todavía se dan en América Latina, África y Asia.

En las formas de reclutamiento de trabajadores se emplean todas las medidas conocidas desde el esclavismo hasta el capitalismo, para

destruir la vida comunal, la vida tribal, la economía de autoconsumo y la pequeña propiedad, que por sí solas no generan una fuerza de trabajo suficiente para la explotación imperialista. Ya Hobson señalaba los distintos métodos a que se recurre en las colonias para obligar a trabajar a los nativos, cuando no basta para satisfacer la demanda de trabajo el incremento natural de la población. El más simple es el empleo de la fuerza –de la policía y el ejército– para “colectar trabajo”. También existe el servicio militar obligatorio, en que los conscriptos son asignados a las compañías, a las plantaciones, a las obras públicas, a los latifundios y cacicazgos; o el más socorrido de la invasión y expropiación de tierras de los nómadas y agricultores nativos; o la importación de esclavos, o la importación de trabajadores contratados que durante su contrato son de hecho esclavos (como el llamado “comercio de puercos” que se hace durante el siglo XIX) ; o el uso de los jefes de tribus a los que se interesa económicamente o se obliga políticamente a contribuir en la recolección de trabajadores; o el uso de reglamentos y leyes muy complicados que obligan a los nativos a violarlas y cuya sanción es el trabajo obligatorio; o el sistema de “pases” que inmoviliza al trabajador en una zona determinada. A estas formas tradicionales de reclutamiento del trabajo se suman las formas monetarias, entre las que están el pago de impuestos en dinero, que obliga a los nativos a contratarse en las fincas y plantaciones; la prohibición de cierto tipo de cultivos que pasan de la economía natural a la economía monetaria e inducen a los nativos al trabajo asalariado, los aumentos en los precios de artículos de consumo que aumentan a su vez la necesidad de dinero del trabajador y de crédito al trabajador; que lo endrogan e inmovilizan, dejándolo en una situación próxima a la del esclavo¹²⁵.

Estas formas de reclutamiento no sólo tienen causas sino efectos distintos de los que tuvo el reclutamiento de trabajadores, al nacimiento de la burguesía europea. En los siglos XVI a XVIII los grandes propietarios feudales expropiaron a los pequeños productores y a las comunidades que huyen a las ciudades, donde el crecimiento de las manufacturas y de la demanda exterior, dan lugar a una demanda de mano de obra barata y generan altas utilidades. Crecen los trabajadores asalariados y al mismo tiempo se tecnifican los grandes latifundios. En los países coloniales y semicoloniales también hay una expropiación de los pequeños propietarios y de las comunidades agrarias; pero la población desplazada no encuentra una demanda correlativa de trabajo en las ciudades, las manufacturas y las fábricas. En esas condiciones aumenta la

125 John A. Hobson, *op. cit.*, pp. 254-272, y E. A. Walker, *Colonies*, Cambridge, University Press, 1944, pp. 87-88.

presión económica sobre los despojados, que incluso sin coerción personal caen en el esclavismo o en formas que se le parecen mucho.

Trabajadores se venden por su propia voluntad, se endrogan por generaciones. La coerción se realiza para hacerlos cumplir sus contratos de peonaje y servidumbre. Esta situación ejerce presión en la propia situación de los trabajadores de las manufacturas, de las industrias y los servicios, abate sus salarios y en muchos casos los conduce también al esclavismo oculto. Si en Europa se ve el paso de los siervos a los asalariados, en las colonias el paso más frecuente va de la servidumbre o la economía natural a una explotación combinada de esclavismo, feudalismo y capitalismo, en que este último domina todas las demás formas de explotación, las combina para el mercado.

La explotación combinada se intensifica por las características coloniales que reviste: las discriminaciones raciales y culturales funcionan con su máxima acritud en latifundios y plantaciones, y tanto los latifundios como las plantaciones ejercen un monopolio de la vida económica, social y política, dentro de sus linderos. Con todos estos elementos los “señores de horca y cuchillo” de la Edad Media resultan seres angélicos cuando se les compara con los encargados de las compañías, los capataces de las haciendas, los altos empleados de plantaciones. Y aunque la explotación combinada pueda presentar distintos grados y tipos de combinaciones del esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, o de la comunidad nativa, el monopolio latifundista y el plantacionista, no por ello la explotación colonial deja de ser la más racional, variada y dramática de la historia.

Ningún hombre de ciencia que se asome al problema puede eludir el registro de las notas dramáticas que caracterizan al latifundio y las plantaciones coloniales y semicoloniales, en lo económico, lo cultural y lo político. No es extraño por eso que las más violentas revoluciones hayan estallado en las sociedades que se basan en este tipo de explotación, y hayan estallado cuando las condiciones empeoran por las crisis, o los dirigentes nativos ven dentro de la crisis permanente en que vive la población trabajadora, una pequeña posibilidad de romper el sistema de explotación, o a veces ninguna, en que se lanzan a la rebelión como forma de lucha *desesperada*.

El sistema colonial de explotación es –en efecto– mucho más refinado y riguroso que el del feudalismo clásico, y dándose como se da en los países coloniales y semicoloniales tiende a abarcar toda la vida de la colonia o semicolonia, haciendo del ejército colonial o nacional, de los gobernadores y autoridades coloniales y de los reyes nativos o de los “presidentes republicanos”, instrumentos que basan su poderío interno en los latifundistas, caciques, compañías plantacionistas, y en su propio aparato político y militar, destinado a mantener el *statu quo*. Esto ocurre dentro de una economía monetaria que domina las capas

superiores de la vida colonial y nacional, aunque queden ciertas regiones no “conquistadas” de economía natural que generalmente son las más inaccesibles, insalubres, pobres, y cuya población se ve amenazada constantemente de invasión y sometimiento.

Todos los instrumentos de poder se combinan para prolongar y extender artificial y racionalmente el esclavismo-monetario, la explotación colonial y semicolonial, el monopolio de la colonia y el del latifundio o la plantación, así como la verdadera dualidad social de la colonia o semicolonía, o del latifundio y la plantación, que separa claramente los niveles de vida de los trabajadores y los empresarios.

Convertidos en un verdadero sistema de explotación y gobierno, el latifundio y la plantación coloniales y semicoloniales imprimen su sello en todas las relaciones humanas de amos-esclavos, señores y peones, extranjeros o blancos y nativos de color; extienden las formas de esclavismo-monetario y colonialista a la minería e incluso a la industria colonial, en las que también se da el mismo tipo de trabajo forzado y la misma combinación de formas de explotación; extienden el trato deshumanizado del “pueblo” a las formas reales de la política interna y a las formas reales de la cultura.

Cuando este sistema cae –en las grandes revoluciones– cae el sistema combinado de explotación colonial, y es un error pensar que en estos países la revolución sustituye al feudalismo, cuando en realidad está sustituyendo a un sistema *sui generis* que acumula y combina las formas de explotación esclavista y feudal, con las de un sistema capitalista e imperialista dominantes.

LA EXPLOTACIÓN COLONIAL Y EL CAPITALISMO NATIVO

La explotación colonial como explotación de una región, de una nación o de un conjunto de habitantes (comunidades, tribus, nacionalidades) que se hallan bajo el dominio imperialista, enfrenta a la población extranjera con la nativa, pero no impide que se realicen alianzas de las clases dominantes nativas con los instrumentos de poder del imperialismo y con las clases dominantes del imperialismo, y que ambas se unan para realizar en el interior de las colonias la explotación combinada.

En las colonias y países dependientes hay, en efecto, una lucha permanente entre los nativos y los extranjeros por la posesión de la tierra y demás recursos naturales. Dentro de esta lucha los latifundistas, caciques y jefes militares nativos pueden presentar distinto tipo de resistencias y alianzas –desde la resistencia victoriosa de los samurai japoneses– hasta las más comunes derrotas de otras regiones del mundo pobre, que terminan en la aniquilación total de los jefes nativos –como ocurrió en Estados Unidos y Australia– o en los compromisos y alianzas que se dan en la India del siglo XIX o en la América Central del XX.

Con frecuencia las tierras de explotación que sirven para el mercado mundial y las mejores tierras son primordialmente controladas por los extranjeros, o los latifundistas aliados a ellos. Los extranjeros incluso llegan a poseer la mayor parte de la tierra (en la Unión de África del Sur sólo el 13% de la tierra pertenece a los africanos, que constituyen el 64% de la población total).

Esta lucha entre los dos tipos de grandes propietarios –extranjeros y nativos– puede presentar resultantes distintas, pero siempre ocurre que la expropiación de tierras afecta sobre todo a las comunidades indígenas y a los pequeños propietarios nativos. La presión que ejercen constantemente los latifundistas y las compañías extranjeras contra los pueblos indígenas y los pequeños propietarios es una característica de todos los pueblos coloniales y semicoloniales. Ligada estrechamente al imperialismo es parte de la acumulación original y de la capitalización occidental, que se basan en “el saqueo de las colonias” y de los países dependientes. Por otra parte esta lucha afecta también el desarrollo del capitalismo nativo y limita la capitalización autóctona, sin que por ello dejen de presionar conjuntamente a las comunidades indígenas o a los pequeños propietarios, empleando el sistema combinado de explotación colonial. La circunstancia anterior no se puede olvidar cuando se analiza el desarrollo del capitalismo nativo y su forma de estar sometido al capitalismo extranjero, y de ser a la vez impulsado y contenido por éste.

Ahora bien, ¿cómo surge en las colonias y semicolonias, cómo se desarrolla el capitalismo nativo y la burguesía nacional? Ya hemos visto cómo el tránsito del feudalismo al capitalismo, característico de la evolución europea, no se da en igual forma en las colonias, y cómo es un error identificar la explotación colonial –combinada– con una explotación feudal o semifeudal. ¿Pero cuáles son las diferencias entre el surgimiento de la burguesía nativa en un imperio y una colonia?

La burguesía europea proviene de los siervos liberados que se van a las ciudades, donde se establecen como mercaderes y artesanos. A ellos se suman los extranjeros expulsados de otros países. Las ciudades se enfrentan a los feudos y llegan a dominarlos constituyendo el Estado. En las colonias y semicolonias la burguesía nativa surge en dos formas principales, según sea eliminada la población nativa, o sea sometida y colonizada. El primer caso es característico de las primeras etapas de la expansión del capitalismo europeo, cuando emigran el capital y el trabajo europeos a regiones con muy poca población autóctona, como ocurrió en Estados Unidos, Canadá o Nueva Zelanda. Este tipo de aventureros-empresarios se trasladan a las colonias, se naturalizan y convierten en burguesía nacional.

En el segundo caso, los países imperialistas abren por la fuerza nuevos mercados (como en la India, China, Indonesia) para la importación de materias primas y la exportación de productos elaborados por

ellos, sometiendo a la población indígena. En este caso –que tipifica la explotación colonial– la burguesía nativa surge: *a*] de los artesanos, mercaderes, aventureros de las bajas clases emigradas, *b*] de los gremios, artesanías, mercaderes indígenas, *c*] de la expansión de los servicios administrativos y privados que da empleo a los emigrados y nativos, *d*] de los príncipes, caciques, latifundistas, generales, etc., que actúan como intermediarios en el mercado interno e internacional, o que establecen manufacturas e industrias para satisfacer la demanda interna.

La diferencia fundamental de este desarrollo y el europeo no radica en la emigración de extranjeros ni en la emigración de capitales, sino en una emigración que cuenta con el apoyo de un Estado extranjero y que coloca el desarrollo del capitalismo nativo en una situación de inferioridad, bajo el control de capitales que por su sola magnitud y fuerza logran (desde los finales del siglo XIX) dominar a los gobiernos nativos, cuando no desplazarlos totalmente. La diferencia fundamental es que esta burguesía nativa no logra formar un Estado propio (cuando es colonia), o forma una ficción, una simulación de Estado (cuando es semicolonia), y no tiene en su apoyo ese instrumento formidable del desarrollo del capitalismo que es el Estado, mientras tiene en su contra al Estado imperialista, al capital política y económicamente predominante del imperialismo, un mercado exterior que no controla y un mercado interno raquítico, obstruccionado por la estructura misma de la producción colonial o semicolonial. En todos estos hechos aparecen diferencias notables entre el desarrollo del capitalismo europeo y el desarrollo del capitalismo nativo de una colonia o semicolonia.

En los inicios del desarrollo del capitalismo europeo los siervos, mercaderes, artesanos y extranjeros que se van a las ciudades hacen de éstas verdaderos bastiones políticos y militares. Originalmente las ciudades se van oponiendo a los feudos que siguen dominándolas y dominan también al campesinado; pero las ciudades logran constituir hegemonías político-militares, y a la postre la burguesía, en su lucha contra el feudalismo, establece el Estado moderno, el Estado burgués.

En efecto, en Europa el Estado se convierte desde fines del siglo XV y principios del siglo XVI en instrumento de desarrollo del capitalismo mercantil e industrial, y en los siglos XVII, en Inglaterra, y XVIII, en Francia, el control del Estado pasa directamente a manos de la burguesía. En el desarrollo del capitalismo de las grandes potencias contemporáneas el Estado acompaña la empresa de desarrollo constantemente. Conforme más fuerte es la burguesía más funcional es el Estado. En Inglaterra el Estado interviene para impulsar la marina mercante y los intercambios internacionales; en Francia para promover el desarrollo industrial y técnico dirigiendo el financiamiento y la demanda; en Estados Unidos para promover el desarrollo de la estructura, establecer una política rigurosa de control de las importaciones, provocar la expan-

sión interna y exterior de los mercados; en Alemania para defender a la burguesía nacional de una competencia desigual; en Japón (a partir de 1870) para promover decisivamente el desarrollo.

Unas veces como instrumento, otras como tutor del desarrollo, el Estado siempre intervino en la formación de las grandes potencias capitalistas de nuestro tiempo. Y el Estado en estos países no sólo es instrumento para una política interna, o para una política defensiva, sino es el instrumento de la expansión del capitalismo de las grandes potencias al exterior.

Es un hecho que el capitalismo de las grandes potencias logra el control colonial con la ayuda directa, militar, política, económica, de los respectivos estados, de los estados imperialistas. Desde la emigración de las empresas capitalistas más pequeñas hasta la emigración de los capitales monopolistas, el desarrollo del capitalismo en el extranjero no se ha logrado sin la intervención del Estado imperialista. La intervención, directa o indirecta, se ejerce efectivamente en las colonias y semicolonias, o se cierne como una de las múltiples amenazas que pesan sobre ellas y sobre sus débiles instrumentos de poder.

El uso o la amenaza de usar el poder del Estado imperialista contra los países débiles y las burguesías nativas existe siempre. En la época de los monopolios el Estado se suma a los instrumentos que aquéllos emplean para luchar en el interior de un mismo Estado. En efecto a las distintas formas de lucha que los monopolios usan en el interior de un Estado para destruirse unos a otros, se añade el uso del Estado imperialista y de su poderío en la lucha por el dominio de las naciones. Así, para someter a las naciones o mantenerlas sometidas, se les priva de materias primas, de medios de transporte, de mercados, se les compromete a no tener relaciones comerciales sino con el país imperialista que las domina; se abaten los precios para arruinar a los competidores internos y exteriores de otros países; se suprimen los créditos o se declara el "boycot" y se practican otras formas de intervención económica. Todas éstas son formas características de la competencia monopolista, y todas son aplicadas a las pequeñas naciones para someterlas o mantenerlas sometidas. A esas formas de lucha y de intervención económica se añaden las formas de intervención política y militar, las presiones del Estado dominante sobre el dominado, y las agresiones, las expediciones punitivas, las intervenciones armadas. El Estado es el instrumento de desarrollo de la burguesía en su período de formación y en su período de expansión, en la época del capitalismo mercantil, industrial y financiero. En la historia de las grandes potencias nunca se da el desarrollo del capitalismo sin la intervención del Estado.

Los contrastes y diferencias en el desarrollo del capitalismo europeo y del capitalismo nativo de los países coloniales y semicoloniales son muy grandes. Mientras la burguesía de Europa se enfrenta a un gobierno feudal –destruyéndolo o dominándolo hasta convertirlo en Esta-

do propio— la burguesía nativa de los países coloniales surge a la zaga de la burguesía desarrollada de los países imperialistas y se enfrenta a un Estado imperialista. Mientras la empresa capitalista europea se enfrenta a unidades de producción que son económicamente menos eficaces, la empresa capitalista nativa se enfrenta a unidades de producción que son más poderosas y que acentúan considerablemente su poder en la etapa de los monopolios. Ambas circunstancias retrasan —desde luego— en las colonias y en las semicolonias la aparición de un *estado nacional* que sea instrumento del desarrollo del capitalismo nativo. El capitalismo nativo de los países coloniales y semicoloniales se desarrolla en forma fundamentalmente distinta del capitalismo de las grandes potencias, y la diferencia esencial, en lo político, consiste en que se desarrolla sin Estado propio o con la intervención de un Estado ajeno.

Las burguesías nativas lo más que logran es constituir hegemonías político-militares en sus ciudades, particularmente eficaces frente a su propio *hinterland*. Ahí se *detienen*, mientras el Estado-Nación es una entidad relativamente ficticia e ineficaz frente al mundo exterior y los países dominantes. Por ello la *ciudad* de los países coloniales y dependientes es la categoría más significativa para el análisis político-militar de los mismos. En lugar del Estado-Nación se da el Estado-Ciudad y una ficción de aquél; en lugar del Ejército Nacional se da el Ejército Urbano, útil para la seguridad interna, excepcionalmente útil para la lucha con otras naciones dependientes, pero del todo inútil para una lucha con los países metropolitanos. El Estado-Ciudad-Colonial es así bien distinto del griego, en su lucha eficaz con los bárbaros, y de la Ciudad burguesa de la baja edad media, que va dominando a los feudales hasta integrar el Estado-Nación. El Estado-Ciudad de los países coloniales y semicoloniales depende en gran medida de los monopolios, se queda en larva de Estado-Nación, y ejerce su control político-militar —con los plantacionistas y latifundistas— sobre todo entre los campesinos y su área de influencia rural.

De otra parte, en lo económico, la diferencia del desarrollo consiste en que ocurre a la zaga y en contra de un capitalismo mucho más avanzado, como subproducto del capitalismo de las grandes potencias y como débil imitador o competidor de su poderío. Con todo no puede ignorarse que el capitalismo extranjero sí se desarrolla en las colonias y semicolonias.

En efecto, el imperialismo, lejos de provocar un *estancamiento* en las colonias y semicolonias provoca un desarrollo *sui generis* de éstas, una de cuyas resultantes es el nacimiento del capitalismo nativo. “Las exportaciones de capitales influyen, acelerándolo poderosamente, en el desarrollo del capitalismo de los países a las que son dirigidas”¹²⁶. Generan así “un desarrollo en extensión y profundidad en el mundo entero”.

126 Lenin, *op. cit.*, p. 174.

Con ello el origen y el comportamiento económico del capitalismo nativo de las colonias y semicolonias también es distinto al de las grandes potencias, donde este sistema económico-social surge originalmente.

El imperialismo influye en el desarrollo del capitalismo nativo porque pone en juego varios factores: la especialización de regiones y sectores de las economías coloniales y semicoloniales; las inversiones en la estructura de la economía (particularmente en los transportes); el incremento de la demanda de la metrópoli por encima de su capacidad de producción (particularmente en las guerras interimperialistas), todo lo cual provoca una inversión nativa inducida, en el comercio y las manufacturas, y da lugar al nacimiento de una burguesía nativa mercantil, burocrática e incluso industrial.

El imperialismo no es sólo una forma de explotación de unas naciones por otras, sino también una forma de desarrollo de las fuerzas de producción en las colonias y semicolonias; es la forma de desarrollo que se da por la desigualdad original en el desarrollo de la técnica militar y productiva. Conduce al dominio y control de unas naciones por otras, a la explotación de unas naciones por otras, y *también* al desarrollo de unas naciones por otras, a la expansión de la revolución industrial y a la expansión del capitalismo en el mundo.

Este desarrollo irracional, inducido y no controlado, en que unas naciones a la vez explotan y desarrollan a otras, provoca el nacimiento y crecimiento de un capitalismo nativo que se encuentra en condiciones permanentes de desigualdad, de inferioridad, de *raquitismo*. Las tasas de desarrollo del capitalismo nativo no alcanzan nunca las tasas sostenidas de desarrollo del capitalismo imperialista o independiente, y en la región donde se desarrolla el imperialismo y el capitalismo nativo, surge una explotación de la población en su conjunto. Esa explotación afecta a la propia burguesía nativa que transfiere la carga a las masas trabajadoras, particularmente a las rurales, apoyada en el aparato represivo del Estado-Ciudad. Todo ello da al crecimiento del capitalismo nativo características económicas, ideológicas y políticas bien distintas a las del capitalismo de las grandes potencias y de los países independientes, y afecta profundamente las condiciones del mercado interno de las economías nativas.

FINANCIAMIENTO DEL DESARROLLO Y MERCADO

En Europa el desarrollo del capitalismo, hasta 1870, se realiza sobre todo por autofinanciamiento. En Japón el desarrollo del capitalismo se realiza por autofinanciamiento: “Ni el capital extranjero, ni las ideas, ni el personal, ni los bienes importados contribuyeron a crear la fuerza dirigente de la evolución del Japón. Esa fuerza fue indígena, y consistió en una reacción peculiarmente positiva y constructiva frente a

las tendencias internas y las influencias exteriores. Los contactos con Occidente sólo sirvieron como estímulo y guía porque la sociedad contribuyó con una respuesta creadora"¹²⁷.

Aunque en Estados Unidos el capitalismo se desarrolló con una contribución muy importante de capital extranjero, el arranque del desarrollo fue, como en los demás casos, fundamentalmente interno. Es cierto que la contribución del capital extranjero tuvo un peso específico mucho mayor que en los demás casos, y que el país se desarrolló gracias a una inmigración considerable de hombres y capitales. Pero esta inmigración se realizó en condiciones estructurales y políticas que no se pueden desconocer. Las unidades de capital que contribuyeron al desarrollo de Estados Unidos son anteriores a la existencia de los monopolios: en su mayoría eran capitales extranjeros que se iban a radicar con sus poseedores, y durante todo el período de inmigración de hombres y capitales, Estados Unidos tuvo una política en materia de inversiones extranjeras y sujetó éstas al control nacional.

Dos proposiciones principales se pueden destacar de los hechos históricos señalados: 1. Que originalmente el capitalismo se desarrolla por autofinanciamiento y que las grandes potencias de nuestros días en todos los casos dieron a las inversiones extranjeras un papel complementario, secundario, en el desarrollo; y 2. Que las grandes potencias donde el desarrollo del capitalismo se realizó por un considerable financiamiento externo, esto ocurrió antes del advenimiento de los grandes monopolios y con un control, con una política nacional en materia de inversiones extranjeras.

Ninguno de estos dos hechos se da en igual forma en el desarrollo del capitalismo de los países coloniales y semicoloniales. Aunque en ellos el capital nativo también se desarrolló por autofinanciamiento, es precisamente el capital nativo el que tiene un papel complementario, secundario en el desarrollo de las fuerzas de producción. El financiamiento externo, predominante en el desarrollo de la producción no se enfrenta a una política nacional (las colonias no tienen política nacional y las semicolonias tienen una ficción de política nacional), sino que obedece directamente a la expansión de la economía metropolitana y sigue los lineamientos de la política metropolitana. Esto ocurre en todas las etapas de expansión del capitalismo de las grandes potencias hacia la periferia.

En la etapa de los monopolios se acentúa el carácter marginal del capitalismo nativo y su situación dependiente. De las formas tradicionales en que se monopoliza la economía, el poder y la cultura de las colonias, se pasa a las formas nuevas de colonialismo en que los monopolios financieros de la metrópoli adquieren el control directo o indirecto de los paí-

127 E. P. Reubens, *Foreign Capital in Economic Development. A Case Study of Japan*, Nueva York, Milbank Memorial Fund, 1955, p. 180.

ses coloniales y semicoloniales. Las grandes empresas extranjeras, cuya cabeza permanece siempre en la metrópoli, aúnan a sus propias fuerzas económicas y políticas las del Estado metropolitano, y contienen el desarrollo del capitalismo nativo, manteniéndolo en su situación marginal, dependiente y subdesarrollada. A ello contribuye de modo muy directo el control del mercado y las características que tiene en estos países.

El papel del mercado en el desarrollo del capitalismo de las grandes potencias y de los países coloniales y semicoloniales es fundamentalmente distinto. En Europa el capitalismo se desarrolla con el comercio exterior y los grandes descubrimientos (siglos XVI y XVII) para satisfacer la demanda suntuaria de los feudales y de las cortes e incluso de los propios mercaderes. Se acumulan además capitales en los países colonizados, cuya economía es dominada por las potencias europeas¹²⁸.

Los países de la periferia contribuyeron así poderosamente a la industrialización de Europa¹²⁹, mediante “transferencias unilaterales” que sirvieron para el desarrollo del capitalismo de las grandes potencias¹³⁰. Algo semejante ocurrió con el desarrollo de Japón, que sin el comercio exterior de tipo imperialista seguramente no habría adquirido el desarrollo que tuvo¹³¹.

La expansión del mercado exterior y del mercado interno, y el control de uno y otro, constituyen pues el factor determinante del desarrollo del capitalismo desde sus inicios hasta nuestros días. Esa expansión del mercado y el control que se tiene del mismo son el elemento racional que determina la aparición del espíritu de empresa y su incremento, cuyos orígenes nada tienen de misterioso o especial, como querrían Lundberg, Hoselitz, y otros autores que parecen pensar que en ciertos pueblos, por extrañas y privilegiadas circunstancias apareció el empresario y el espíritu de empresa, “cuyos orígenes –según dicen– tienen algo de misterio”¹³². En realidad no hay tal misterio. El mercader conoce y domina en buena medida el mercado interno y busca incrementar sus ganancias convirtiéndose en industrial¹³³. Después es dueño y señor de los mercados coloniales.

128 Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*, Londres, Meridian Books, 1956, p. 22.

129 Aldo Ferrer, *et al* (ed.), *El Estado y el desarrollo económico*, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1956, p. 89.

130 Paul Baran, *op. cit.*, p. 142.

131 William W. Lockwood, “Economic Growth in Japan, 1868-1938”, en Simon Kuznets *et al*, *Economic Growth: Brazil, India, Japan*, (eds.) Dunham, Duke University, 1955, p. 145.

132 Cf. Berthold F. Hoselitz (ed.), *The Progress of Underdeveloped Areas*, Chicago, University Press, 1952. Del mismo autor; *Theories of Economic Growth*, Glencoe, Free Press, 1960.

133 No cabe duda que el dominio del mercado es relativo; los ciclos y su carácter inexplicable para el empresario lo demuestran. Pero *en todo caso* la falta de control del mercado es aún mayor para los nativos de las colonias y semicolonias.

Ya hace mucho Adam Smith indicó que la limitación en el tamaño del mercado es un factor determinante para ahuyentar la inversión y para impedir el cambio tecnológico, es decir, para limitar el desarrollo del capitalismo¹³⁴. La reducción relativa del mercado en las crisis de sobreproducción o de subconsumo, es un factor histórico determinante para desalentar y disminuir la propensión a invertir.

En los países coloniales y semicoloniales el mercado exterior funciona de modo adverso para el país en su conjunto y su funcionamiento sólo permite el desarrollo de un capitalismo mercantilista nativo que ocupa un lugar complementario, minoritario y *dependiente*. A la sombra del imperialismo surgen y se desarrollan los capitalistas “compradores”¹³⁵, los cuales satisfacen la demanda suntuaria de los latifundistas, funcionarios e intermediarios nativos, mediante la importación y el intercambio de artículos extranjeros, y se encargan de la compra de los artículos primarios que se producen en la región para su venta y exportación a la metrópoli. En todos los casos ocupan un lugar secundario, de intermediarios, y hacen el comercio de la importación de productos elaborados en la metrópoli y de la exportación de productos nativos primarios a la metrópoli, característico de la colonia. Ellos mismos constituyen una burguesía dependiente que es parte de la economía colonial con la que se identifican y de la que forman parte.

La estructura económica del mercado colonial, con importación de productos elaborados en la metrópoli y exportación de productos primarios a la metrópoli, y la estructura social del mismo –el dominio de la burguesía imperialista, de la que depende y a la que apoya la burguesía compradora– serían suficientes por sí mismas para desalentar la aparición del empresario nativo y para impedir la evolución del capitalismo mercantil en capitalismo industrial tal y como ocurrió en Europa. Pero, el control del mercado colonial por el imperialismo y, además, el control de la evolución de las técnicas de producción y de las relaciones de producción en función de los intereses del imperio y sus empresas, derivan en una serie más de fenómenos que desalientan la inversión, que contienen la capitalización nativa, y que obstaculizan la aparición del empresario nativo y de la industria nativa.

“Todo mercado para bienes manufacturados, surgido en los países coloniales y dependientes no se convierte en el ‘mercado interno’ de estos países. Destruído por la colonización y por los tratados desigua-

134 Adam Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

135 El término originalmente se usó en Manila y hoy se usa para caracterizar al tipo de burguesía nativa y *dependiente* de los países coloniales y semicoloniales.

les, se convierte en un apéndice del ‘mercado interno’ del capitalismo occidental”¹³⁶. Todo aumento de la productividad en la periferia, en los países coloniales y semicoloniales, lejos de derivar en aumento equivalente de salarios y utilidades para los nativos, es transferido en gran parte a los centros metropolitanos e industrializados¹³⁷ que absorben el progreso técnico de la periferia mediante un deterioro de los precios de intercambio¹³⁸, por el cual los países coloniales y semicoloniales cada vez compran más caro y venden más barato. En cambio el progreso técnico de las metrópolis les permite a éstas utilizar más racionalmente y con menos desperdicio los productos primarios, sustituir los productos primarios por productos sintéticos (nitratos, fibras artificiales, plásticos), y la política metropolitana de defensa de sus productos primarios permite restringir la importación de los que se elaboran en las semicolonias¹³⁹. Las fluctuaciones de los precios y volúmenes de la exportación someten “el valor de las exportaciones de los países poco desarrollados a fuertes oscilaciones que alcanzan un promedio anual de 22% y que en la realidad hacen que de un año a otro el valor de las exportaciones en un país colonial y semicolonial pueda disminuir en una tercera parte y más”. Y esto ocurre a países para los que las exportaciones constituyen “el componente principalísimo de la capacidad de pagos exteriores. En América Latina, alrededor del 95% de esa capacidad proviene de dichas exportaciones. El remanente es la participación de capitales extranjeros y de los servicios invisibles activos que, como se ve, es sumamente pequeña”¹⁴⁰. Todo esto provoca un desequilibrio permanente en los países coloniales y semicoloniales, un desequilibrio secular. En ellos “lo normal es el desequilibrio”¹⁴¹ y los factores de inestabilidad tienden a agravarse con el tiempo, tanto en lo que respecta a la magnitud como al valor de las exportaciones y de las importaciones. A estas condiciones estructurales del mercado exterior y de la burguesía imperialista y compradora, se suman las medidas políticas que emplean para acentuar el carácter dependiente del mercado colonial, y su condición funcional para la metrópoli. Tales son los obstáculos para el desarrollo de la burguesía colonial y semicolonial, y para el paso de la burguesía mercantil nativa a una burguesía industrial. Pero éstos son los obstáculos que presenta el mercado exterior.

136 Paul Baran, *op. cit.*, p. 174.

137 Aldo Ferrer, *op. cit.*, p. 19.

138 *Ibid.*, pp. 127-128.

139 Cf. CEPAL, *Problemas teóricos y prácticos del desarrollo económico*, 1956.

140 *Ibid.*, p. 106.

141 Prado Junior, *op. cit.*, p. 106.

Por lo que respecta al mercado interno la demanda de bienes de lujo, que en los países europeos generaba la nobleza y la propia burguesía, y que contribuyó poderosamente al desarrollo de la industria, no tiene ni la misma magnitud ni los mismos efectos. Estas clases, de por sí reducidas en los países coloniales y semicoloniales, pasan de la economía autárquica y el consumo de productos artesanales a la adquisición de bienes de lujo del extranjero, y después el extranjero absorbe la mayor parte de la demanda de vestidos, alimentos, medicinas, artículos de uso doméstico de los grupos de ingresos medios y altos ingresos.

De otro lado el auge de las ciudades metropolitanas, que surge por el comercio suntuario con las colonias y con los feudales, por la explotación de los recursos coloniales, por los bajos costos de la producción colonial, y que aumenta el mercado interno de las ciudades en los grupos de ingresos altos y medios, e incrementa la demanda de artículos manufacturados no se da en igual forma en las colonias. En las colonias el auge de las ciudades se limita a las ciudades “coloniales”, que son centros de comercio con el extranjero, y contribuye a la demanda de artículos manufacturados en el extranjero. La explotación de los recursos coloniales y el abatimiento de los costos de producción tienden a incrementar la demanda de bienes metropolitanos.

Al mismo tiempo en los países subdesarrollados, debido en buena medida a la falta de comunicaciones internas, se desarrolla un mecanismo distributivo que no sólo absorbe una proporción excesivamente elevada de los ingresos gastados por los consumidores¹⁴², sino que ocupa un exceso de personal dedicado al comercio, particularmente al comercio minorista¹⁴³. Este personal constituye buena parte de una burguesía mercantil que tiene una inmensa gama de ingresos, desde los más altos –de los especuladores, acaparadores, etc.– hasta los más bajos, de mercaderes subempleados que se encuentran en condiciones misérrimas. Y esta burguesía mercantil evoluciona con dificultad y raquitismo hacia una burguesía industrial, perdiendo además en buena medida sus vínculos directos e indirectos con las artesanías, para ir comerciando con artículos elaborados en las metrópolis. Sólo en formas intermitentes –en los períodos de guerra y auge mundial– logra avanzar, a veces en forma considerable, para resentir un poco después el acoso y el cerco.

En las metrópolis el capital mercantil evoluciona hacia el capital industrial desde el momento en que no se limita a vender las materias primas a los artesanos y a comprarles los productos elaborados, sino que organiza por su cuenta la producción y paga salarios a los trabajadores. En esa forma la industria desplaza a las artesanías. En los países

142 Aldo Ferrer, *op cit.*, p. 21.

143 *Ibid.*, p. 22.

coloniales y semicoloniales las artesanías sufren también un proceso de destrucción y eliminación; pero el capital mercantil nativo no cubre el vacío que dejan, convirtiéndose en capital industrial, y si lo hace, tiene siempre como un fuerte competidor al capital industrial de la metrópoli o a las sucursales del mismo. De este modo se da durante largos períodos una destrucción de las artesanías “sin alternativa”, en que la demanda de bienes artesanales es sustituida por la demanda en bienes industriales producidos en el extranjero.

Así, mientras en Europa desaparece el artesano para convertirse en empresario o asalariado, al tiempo que la burguesía mercantil se convierte en burguesía industrial, en las colonias y semicoloniales la desaparición de las artesanías no contribuye con igual celeridad y magnitud a la creación de manufacturas y fábricas nativas, a la formación de capital nativo, ni genera fuentes de trabajo con altos coeficientes de crecimiento; no deriva en la conversión del mercader en empresario e industrial dueño de su mercado, sino que contribuye sobre todo a incrementar la industrialización –ya existente– de las metrópolis, a aumentar las fábricas metropolitanas, a aumentar la capitalización metropolitana, a aumentar el espíritu de empresa y de la organización de empresas en las metrópolis, a aumentar los salarios y el trabajo asalariado de las metrópolis, mientras en las colonias “la liquidación de la clase artesanal conduce al desempleo en una escala prodigiosa”, y en el mejor de los casos a la creación de sucursales con alta densidad de capital.

El proceso de destrucción de artesanías y de expansión de la industria extranjera y del mercado para artículos de consumo elaborados en el extranjero, llega incluso a producir un proceso de “ruralización de las ciudades” bien distinto del proceso de urbanización que es característico del desarrollo del capitalismo europeo; en todo país progresista existió en el siglo pasado –dice Nehru– un movimiento de la población de la agricultura a la industria, del pueblo a la ciudad: en la India este proceso fue exactamente contrario como resultado de la política británica. A mediados del siglo XIX aproximadamente el 55% de la población dependía de la agricultura; recientemente esta proporción se estimó en 74%¹⁴⁴. La industria metropolitana obstruye pues la transición de los hombres y el capital a la producción industrial, y no solamente no da salida en las industrias a los excedentes de trabajo agrícola, sino que al arruinar las artesanías locales no crea correlativamente una demanda de trabajo asalariado. El problema se complica conforme destruye la producción de las comunidades y de los pequeños productores agrícolas.

144 Nehru, *op. cit.*, p. 298.

La aparición del empresario nativo se ve fuertemente obstaculizada. De un lado el mercado interno es reducido y taponeado por la explotación combinada de tipo colonial; por los oligopolios que establecen en los latifundios y explotaciones los hacendados y las compañías; por la baja tasa de crecimiento de los empleos y los salarios; por la canalización de la demanda hacia artículos de consumo manufacturados en el extranjero; de otro los pequeños empresarios nativos se enfrentan a la política del gobierno metropolitano que protege los intereses de los industriales extranjeros, o no cuentan –en las semicolonias– con una política nativa de promoción industrial que opere en los límites ficticios del Estado-Nación y, menos aún, en el mercado internacional.

Los factores anteriores provocarían exclusivamente el estancamiento y aun el retroceso económico de las colonias y semicolonias, si no operaran en un marco más amplio que produce el desarrollo típico del capitalismo colonial. Si se analiza este desarrollo en toda su amplitud, se advierte que la resultante de todos estos factores es el desarrollo de una economía dependiente, en que se desarrolla *todo* lo que es *dependiente* y se elimina o estanca lo que es *independiente*. Así, se desarrolla un capitalismo nativo *dependiente* del mercado exterior y de los mercaderes y productores imperialistas que controlan el mercado exterior; o de los que sirven como intermediarios para la adquisición de productos nativos; se desarrolla un capitalismo nativo *dependiente* de la adquisición de productos elaborados en la metrópoli para su venta en la colonia, y se desarrolla todo lo que sirve al capitalismo dominante: “feudalismo” dependiente, “esclavismo” dependiente, “industrialización” dependiente. En cambio las unidades o estructuras económicas independientes tienden a desaparecer o encuentran serios obstáculos para desarrollarse: artesanías, industrias de nativos, empresas agroindustriales.

En los países coloniales y semicoloniales se desarrollan las ciudades que dependen del comercio exterior; los capitalistas nativos estrechamente ligados a capitalistas extranjeros, los mercaderes nativos que se encargan de la distribución interior de las mercancías extranjeras. Se desarrolla la burguesía “compradora”, que en ocasiones acumula inmensas fortunas y cuya tendencia al atesoramiento, al exceso de consumo, particularmente en bienes de lujo, y a la inversión improductiva, se suma a la tendencia general de la colonia a este tipo de gasto e inversión. La burguesía nativa tiene una sola salida: el comercio dependiente, de socio menor, la especulación y la industrialización asociada al imperialismo.

En cuanto a la industrialización de nativos, a la aparición de empresarios nativos, ésta ocurre en condiciones muy difíciles: en los bienes de poca densidad económica los nativos mantienen sus artesanías o logran establecer manufacturas y hasta pequeñas industrias; en los momentos de guerra interimperialista, cuando el imperio se ve obliga-

do a hacer concesiones o requiere del auxilio de la colonia en el terreno de la producción, cuando los “compradores”, acaparadores, usureros nativos ven un mercado seguro, les nace un espíritu de empresa que provoca, desde la primera guerra mundial, los grandes fenómenos de industrialización de la India, China, México, que coinciden con los dos grandes conflictos mundiales. En esas condiciones parte de la burguesía nativa se convierte en burguesía industrial, y trata de competir con la burguesía imperialista, de la que ha ido aprendiendo sus prácticas para el control del mercado, la inversión, la técnica, la política. Pero el capitalismo industrial nativo se desarrolla sólo en pequeños sectores, en condiciones extraordinarias de auge mundial, y se enfrenta débilmente a las políticas del imperialismo, en forma discontinua, durante las crisis políticas internas o internacionales de éste.

A su desarrollo se añade un obstáculo más de gran importancia: la tecnología.

LA TÉCNICA, LA MÁQUINA Y EL TRABAJO

En la evolución del capitalismo europeo se advierte que la división del trabajo y la especialización de los individuos y de los instrumentos de trabajo surgen para aumentar la productividad. Del útil simple se pasa a la máquina y al uso de los motores mecánicos. En las colonias la división del trabajo por especialidades y actividades es importada de acuerdo con las necesidades, experiencias técnicas y organización del país metropolitano. Las máquinas sustituyen a los útiles simples, sin creación, por importación. Los instrumentos *importados* de trabajo diferenciado condicionan la especialización.

En Europa el maquinismo destruye los antiguos trabajos calificados y crea nuevos tipos de trabajo calificado. En las colonias el maquinismo destruye durante un largo período los antiguos trabajos calificados artesanales y no crea en forma correlativa un nuevo trabajo calificado: importa mercancías y trabajo calificado; los mecánicos, maquinistas, ingenieros y técnicos son importados. Y después, cuando los forma, tras duras penas, los empieza a exportar.

Los obstáculos para la aparición de un trabajo calificado nativo son muy grandes: el difícil, desequilibrado e inconstante desarrollo de la empresa nativa es un obstáculo primordial para el desarrollo del trabajo calificado y técnico nativo; de otro lado la discriminación racial y colonialista de la población nativa hace que no sólo se le impida el acceso al trabajo calificado y técnico –promoviendo en cambio la importación de técnicos metropolitanos–, sino que cuando logra colaborar en el trabajo calificado de las empresas extranjeras, se le descalifica abatiendo salarios y prestaciones. Así el trabajo calificado que se desarrolla en las colonias es primordialmente el de las empresas extranjeras o

dependientes del extranjero y el de los técnicos extranjeros, y en segundo término el de los nativos, que ocupando las posiciones ínfimas del trabajo calificado, trabajan para las empresas extranjeras.

En Europa la concurrencia que se hacen entre sí los empresarios les obliga a acumular capitales para mejorar sus técnicas de producción, aumentando sus inversiones en máquinas y unidades de producción, y disminuyendo el número relativo de obreros. Esto ocurre siempre que hay competencia entre los empresarios y cuando no pueden ser reducidos los salarios de los obreros o aumentado su tiempo de trabajo. En los países coloniales y semicoloniales las condiciones monopolistas de las empresas extranjeras anulan la competencia en grandes sectores de la economía, y las resistencias obreras a los bajos salarios y al aumento del tiempo de trabajo, no sólo son mucho más débiles que en las metrópolis sino más duramente reprimidas. La mejoría en las técnicas de producción y el aumento proporcional de las inversiones en máquinas sólo se realiza en función de la competencia en la metrópoli, o cuando hay excedentes de dinero y máquinas en la metrópoli. En ambos casos el mercado del trabajo nativo no es la determinante fundamental en la densidad de los capitales: en un caso porque no hay competencia ni resistencia obrera; en el otro porque aun cuando exista trabajo barato y no sean necesarias las máquinas ni mayores inversiones para abatir los costos, los grandes monopolios tienen excedente de maquinaria y dinero. El uso de la máquina y la tecnificación es, pues, una función del mercado y el capital extranjero.

En Europa y Estados Unidos el obrero se convierte en un accesorio de un imponente mecanismo independiente de él; se enajena en un trabajo determinado en función de la voluntad del empleador. En los países coloniales y semicoloniales el maquinismo y el uso de máquinas constituyen –durante largos períodos– un mecanismo independiente de la población nativa, y sirven para realizar trabajos determinados en función de la voluntad de los empleadores extranjeros. Los obreros nativos se acercan a los empleadores como accesorios descalificados, fácilmente sustituibles, y los grupos de ingresos altos –hacendados, funcionarios, mercaderes–, que reciben los beneficios de la máquina como consumidores ignoran el origen y comportamiento de la máquina y la industria. La inversión extranjera difícilmente deja la dirección de la producción industrial en manos nativas. Los innovadores industriales son por lo general extranjeros que se radican; los directores y técnicos de las empresas son extranjeros. Los nativos sólo son intermediarios de la producción extranjera, o que dirigen los extranjeros; el éxito de las industrias extranjeras provoca en ellos una actitud admirativa y un deseo de participar como socios menores, por razones de prestigio o de beneficio; o una actitud admirativa y repulsiva, de fascinación y odio a instrumentos que les son ajenos, que destruyen sus industrias y artesanías y de los que no se pueden apoderar por ignorancia técnica, por falta de capital suficiente, o por los peligros que entraña el mercado colonial.

La enajenación de la máquina en los países coloniales y semicoloniales se refiere al objeto o fin del trabajo en los obreros, y al origen y mecanismo del trabajo en las clases altas y medias que consumen artículos industriales elaborados por el extranjero. El sentido de la máquina se pierde para la población colonizada, y difícilmente lo alcanza en los momentos de su liberación.

En estas condiciones no es extraño que la religión y las tradiciones sirvan para racionalizar la desconfianza a las innovaciones técnicas con mucho más fuerza y perseverancia que en la Europa moderna¹⁴⁵. No es raro que los medios de producción técnica e industrial sean un “elemento extranjero” en las poblaciones coloniales y semicoloniales, y que encuentren fuertes resistencias en grandes sectores de la población; o que muchas máquinas entregadas a los pueblos se queden sin usar y se arruinen¹⁴⁶, o que los nativos no crean en “el progreso”, ni en el “dominio de la naturaleza”¹⁴⁷, tengan una “alta preferencia por el ocio” y mantengan la vista puesta en “el más allá”¹⁴⁸; o que el prestigio social lo busquen en el único terreno donde lo pueden encontrar: el de los hacendados, militares, mercaderes, etc.¹⁴⁹; o que las colonias y semicoloniales otorguen poca o ninguna importancia a la enseñanza técnica¹⁵⁰. Todo esto se explica por la condición que guarda el desarrollo industrial y técnico en las colonias y semicoloniales: con la destrucción de empresas y artesanías nativas provoca la descalificación del trabajo nativo independiente, y sólo en última instancia permite la tecnificación del trabajo nativo dependiente, tecnificación que ocurre en la medida en que es funcional a la empresa extranjera.

En cuanto a la burguesía nativa que intenta ser industrial, apoderarse de la máquina y tecnificarse, sólo lo logra en forma desequilibrada y discontinua. La imitación abstracta y el uso no funcional de la máquina y la técnica, sumados a las dificultades que tiene el capitalismo mercantil para convertirse en capitalismo industrial, provocan una serie de experiencias grotescas y fracasos que distinguen su desarrollo del proceso continuo de tecnificación, y de la evolución gradual de los métodos de producción característicos del desarrollo del capitalismo industrial europeo. La tecnificación nativa –como la burguesía nativa industrial– evoluciona así en forma discontinua, y florece sólo en condiciones extraordinarias, en los auges de guerra, para perder después par-

145 United Nations, *Economic Development*, 1951, pp. 14-15.

146 Bonné, *op. cit.*, p. 156.

147 *Op. cit* [145], p. 13.

148 *Ibid.*

149 *Op. cit.*, [145], p. 13-14.

150 *Op. cit.*, [145], p. 29.

te de sus capitales y sus técnicas que emigran a las metrópolis en busca de seguridad y trabajo. Sólo unos cuantos enclaves urbanos resisten la caída y continúan el proceso de industrialización dependiente.

EXPLOTACIÓN DE CLASE Y EXPLOTACIÓN DE NACIONES

En sus inicios el desarrollo del capitalismo provoca dentro de la misma Europa el empobrecimiento de la clase obrera (disminución de salarios nominales y reales, aumento de horas de trabajo, abatimiento de los niveles de vida) de donde surge una reacción de la clase obrera, que se organiza en sindicatos y en grupos y partidos políticos. A su vez el capital reacciona aumentando los salarios y fortaleciendo la clase media. Para equilibrar las pérdidas se incrementan las inversiones en los países coloniales y semicoloniales, a los que se explota en su totalidad estableciendo poderosos oligopsonios, y a cuya población trabajadora se explota en formas combinadas de feudalismo, esclavismo y capitalismo.

El desarrollo del imperialismo y el colonialismo transfiere a los países dominados el empobrecimiento original de las clases trabajadoras, y pesa sobre el conjunto de los países coloniales y semicoloniales, y de los grupos y clases sociales que resienten la explotación nacional. Esta explotación abarca al conjunto de los nativos, afectando incluso a aquellos que sirven de aliados al imperialismo, que se asocian a él como mercaderes, que le sirven como políticos, militares o burócratas, y que encontrándose siempre en un *status* superior al del resto de la población nativa, mantienen siempre una posición inferior a la de la población metropolitana. Gozan de los beneficios del colonialismo pero como socios menores, aliados débiles y empleados. Este grupo de la burguesía nativa “compradora” y “burocrática”, en medio de sus contradicciones propende a la dependencia, tiende a hacer el juego del imperialismo, y en los momentos críticos constituye el más encarnizado enemigo de la independencia nacional y de la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales.

De este grupo eventualmente se desprenden algunos elementos que se suman a la burguesía *nacional*, cuyo desarrollo es escaso y cuya evolución hacia la manufactura y la industria siempre está contenida por el avance imperialista. La burguesía nacional –símil de la que construyó Estados-Naciones en Europa–, formada por los pequeños industriales, por la burguesía agrícola, las profesiones liberales, los estudiantes, y la baja burocracia nativa, evoluciona hacia una postura nacionalista y antiimperialista. Dominada por el gobierno metropolitano o por las hegemonías militares latifundistas de la burguesía compradora y empleada, de los plantacionistas y los monopolios, sólo logra

derrocar *provisional y parcialmente* el sistema colonial y semicolonial, cuando se alía a los peones, aparceros, esclavos-asalariados, obreros y pequeños propietarios en las coyunturas internacionales favorables, y cuando lleva a cabo una revolución social, de tipo capitalista, como la mexicana, o la india. En cualquiera de estos casos surge una política populista que en los momentos críticos desaparece, descubriendo su esencia más significativa: la hegemonía político-militar de la ciudad-colonial sobre el campo-colonial, la explotación combinada de la población trabajadora, y la dependencia de la Ciudad-Estado y la burguesía colonial respecto de los grandes centros de poder del capitalismo metropolitano. La Ciudad-Estado y la explotación combinada, dentro de una estructura mundial que dominan los grandes monopolios son así la clave para estudiar el desarrollo del capitalismo en los países coloniales y dependientes. Sus variantes se encuentran en la gama que va de la Ciudad-Estado-Colonial al Estado-Nación dependiente, y en las distintas combinaciones de las formas de explotación esclavista, feudal y capitalista.